



Onomázein

ISSN: 0717-1285

onomazein@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Massone, María Ignacia; Buscaglia, Virginia Luisa; Liceaga, Elena

EL YO HABLADO EN UN CASO DE PSICOSIS

Onomázein, núm. 13, 2006, pp. 159-176

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134516555011>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL YO HABLADO EN UN CASO DE PSICOSIS

María Ignacia Massone*
Virginia Luisa Buscaglia**

CIAFIC¹ y CONICET, Buenos Aires, Argentina
mariamassone@hotmail.com - virginia@fibertel.com.ar

Elena Liceaga
Miembro de Tramas Psicoanalíticas

Resumen

En este trabajo hemos interpretado, desde la teoría de la enunciación y el Análisis del Discurso, un texto escrito por un paciente psicótico. Recurrimos al psicoanálisis porque es la orientación desde la cual se arribó al diagnóstico y se implementó el tratamiento (independientemente del tratamiento psicofarmacológico) y porque consideramos desde esta teoría que es solo en transferencia donde se puede acceder al sujeto de la enunciación. Si “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, entonces una vez reconocida en el inconsciente dicha estructura nos preguntamos “qué clase de sujeto podemos concebir”. Hemos analizado cuál es la imagen construida por el sujeto de la enunciación de su enunciatario, en qué tipo de relación –conjunción o disjunción– se encuentra el sujeto con respecto a su objeto, a qué macroacto de habla remite y aspectos formales del texto. La interpretación desde ambas teorías puso en evidencia similares conclusiones, lo cual nos lleva a postular –si bien en forma preliminar, ya que esta hipótesis deberá ser corroborada en futuros textos, objetivo de nuestra investigación en curso– que la lingüística y no *la lingüistería* resulta una herramienta importante en conjunción con el psicoanálisis para interpretar el discurso.

Palabras clave: discurso; psicosis; psicoanálisis.

* Miembro de la Carrera del Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

¹ Centro de Investigaciones en Antropología Filosófica y Cultural.

** Miembro de la Carrera del Personal de Apoyo a la Investigación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Abstract

The authors analyze a written text produced by a psychotic patient from the perspective of the theory of enunciation and of discourse analysis. The patient was diagnosed through psychoanalysis and through this theory we try to address the subject of the enunciation, in the belief that, if the subconscious is linguistically structured, the notion of such structure can lead us to ascertain the nature of that subject. We have analyzed such image in relation to its object, the macro speech acts he uses and the formal aspects of the text. Preliminary results showed that linguistics and psychoanalysis are valuable tools to interpret discourse.

Key words: discourse; psychosis; psychoanalysis.

“Pues la función del lenguaje no es informar sino evocar. Lo que busco en la palabra es la respuesta del otro. Lo que me constituye como sujeto es mi pregunta. Para hacerme reconocer del otro no profero lo que fue sino con vistas a lo que será. Para encontrarlo, lo llamo con un nombre que él debe asumir o rechazar para responderse”.

Jacques Lacan, *Escritos*

INTRODUCCIÓN

El discurso es el lugar de construcción de un sujeto, quien construye el mundo como objeto y se construye a sí mismo. Frente a otro, a un tú, al que responde en todos sus enunciados, es que el sujeto aparece con parte de su subjetividad. Y como dijera Bajtín (1982), no solo todo acto de enunciación “presupone la existencia de otros miembros de una comunicación discursiva”, es decir, está lleno de ecos y reflejos de otros enunciados y, en este sentido, debe ser analizado como respuesta a enunciados anteriores, sino que además está relacionado con respuestas posteriores, el papel de los otros conforma dialécticamente todo acto enunciativo. Ya que el hombre se enfrenta a un mundo que debe significar *ad infinitum* y que, a su vez, le ofrece significaciones que él debe interpretar *ad infinitum*, pero este proceso se da en el interior de un grupo humano o, como diría Marty (1995), dentro de una determinada institución o red social. Este conflicto dialéctico al que el hombre se enfrenta en el proceso dialógico de la construcción de su pensamiento a fin de ser intérprete e interpretado y significar el mundo en comunalidad es la semiosis que implica una sustitución permanente e indeterminada ‘*aliquid pro aliquo*’.

El hombre co-produce significación en comunalidad. Puesto que el hombre comunica, explicar cómo y por qué comunica hoy significa fatalmente determinar el modo como y las razones por las que comunicará mañana. No hay racionalidad fuera de la comunidad de los sujetos hablantes. No hay pensamiento sin diálogo, no puede haber conocimiento o realidad sin la base de la comunidad, que no posee límites definidos y capaz de un aumento definido de conocimientos. Ya Bajtín (1982) señaló que “hay que analizar el enunciado no aisladamente sino en la cadena de la comunicación discursiva”, puesto que “el objeto del discurso ya se encuentra hablado...”

El discurso es un intercambio social de sentido a través del cual los significados que constituyen el sistema social se intercambian (Halliday, 1978). La característica esencial del texto es la de ser intercambio. “El intercambio de significados es un proceso interactivo: para ser intercambiados entre los miembros los significados que constituyen el sistema social deben, en primer lugar, ser representados en alguna forma simbólica intercambiable y la más accesible de las formas disponibles es el lenguaje”. El concepto de intercambio sugiere el de contrato, que presupone una relación intersubjetiva y permite por una parte posibilidades de acción y, por otra, establece las restricciones en la libertad de los sujetos que intervienen mediante la asignación de obligaciones, poderes, etc.

El acto de enunciación tiene, pues, autores y lectores, seres discursivos interiores al texto, sentidos que el lingüista intenta interpretar. Si bien sabemos que este mundo lingüístico evidencia solo al autor de su acto de enunciación y nunca y jamás al autor empírico, evasivo e inasible. Este autor se apropiá del aparato formal de la lengua y enuncia su posición de locutor introduciendo al que habla en su habla, *Yo digo que...*, el autor habla de la enunciación. El sujeto de la enunciación es solo una instancia lingüística presupuesta por la lengua y presente en el discurso, es solo interior a los textos. Enunciador y enunciatario son, pues, dos presencias configuradas en el texto, no existen fuera de él y son, a su vez, hablados.

Benveniste (1966) –a quien se considera el “fundador” de la lingüística de la enunciación– enfatiza que “Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como *sujeto*; porque el solo lenguaje funda en realidad, en *su* realidad que es la del ser, el concepto de “ego”. La ‘subjetividad’ de que aquí tratamos es la capacidad del enunciador de plantearse como “sujeto””. Por lo tanto, “es ego quien dice *ego*” pero siempre dirigiéndose a alguien, un alguien exterior a mí que se vuelve mi eco al que digo tú y que me dice tú. El lenguaje inscribe en su propia naturaleza las coordenadas del mundo intersubjetivo; orienta, regula y transforma los modos de correspondencia entre los sujetos. Como dice

Halliday (1978), “el texto funciona como si fuera un *potlatch*, intercambio de objetos comunicativo”. El sujeto es el efecto del discurso, ya que no hay discurso sin sujeto. “La enunciación se identifica con el acto mismo” y “la conciencia de sí no es posible más que si se experimenta por contraste”, lo que instaura una “condición de diálogo que es constitutiva de la persona”. Por ende, es en este diálogo virtual que ego se constituye como tal siempre en relación a un tú que puede, a su vez, ser un yo. Es a partir del nivel enuncivo o enunciado, lo dicho y por ende lo no dicho, nuestro objeto de análisis, que podremos presuponer al sujeto de la enunciación, ese *yo* que configura la presencia del *tú*, ya que todo ejercicio de lengua es un acto transitivo y reflexivo.

Hemos tomado de Greimas (1996, 1989) aquellas coincidencias con Benveniste (1966) en cuanto a la fundamentación lingüística del sujeto. Para Greimas el sujeto es *lógico* (presupuesto) y no *ontológico*, y llega a preguntarse “*quién habla*” en el discurso, para concluir que en el discurso encontramos “Yo hablados” y no “Yo que hablan”. Reconoce, pues, la existencia de tres niveles en el discurso (texto): un *nivel de enunciados* de tipo constatativo o descriptivo, un *nivel de enunciaciones enunciadas*, que son antiguas enunciaciones que han sido ya enunciadas –aquellos ecos–, y un tercer nivel que está siempre implícito, *el nivel de la enunciación propiamente dicha*, en el que el sujeto de la enunciación “jamás puede ser capturado”.

Es por ello que citamos a Parret (1983, 1987), ya que consideramos con este autor que no es posible reducir todo accionar del sujeto a su actividad cognoscitiva, pues se deja de lado la dimensión pasional –eje fundamental para lograr la “reconstrucción del sujeto”. Los sujetos hablantes no son mentes “cerebros” regulados solo por la cognición: las emociones, el *pathos*, los marcan y transforman constantemente. De ahí el carácter manipulador y polemológico de las interacciones comunicativas y la necesidad imperiosa de la contractualidad-convencional o de otro tipo (Parret, 1993). Además Parret opone –contrasta– enunciación a enunciado y plantea que la enunciación es un nivel que hay que reconstruir –siguiendo a Hjemslev– por *encatálisis*, pues considera que no basta con las marcas clásicas de sujeto, tiempo, espacio, sino que se requiere de un esfuerzo de interpretación.

De lo anteriormente expuesto se desprende que la enunciación es *acto*. Un acto que implica por parte del analista un proceso de doble hermenéutica, ya que solo mediante un complejo esfuerzo de interpretación, operaciones de paráfrasis, de elipsis –ya Freud (1925/2003) señalaba estas operaciones–, es posible captar el sujeto de la enunciación, las huellas del acto en su producto. Obviamente, no buscamos el significado trascendental, sino que entendemos el texto como un sitio de lucha donde las realidades se evidencian y contestan, donde el yo

establece el contrato de negociación transitiva con el tú al proponer su pregunta. Creemos además que existen en los textos, en los discursos, datos que nos permiten llegar a este conocimiento, si bien, como afirma Eco, “el texto es perezoso” y, como dijo Wittgenstein (1922), el sentido completamente determinado no existe. La vaguedad no es necesariamente un defecto del lenguaje y no es un obstáculo para la comunicación y para el pensamiento. Nuestro objetivo como lingüistas es dar cuenta del sentido que es el objeto observado, como dice Ducrot (2001), aunque este no sea un dato inmediato.

Claudia Lemos (comunicación personal) dice que la lingüística analiza un particular como parte de lo general, mientras que el psicoanálisis analiza un singular. El psicoanálisis es el lugar de la ruptura, el silencio, el no saber, los huecos. El sujeto es en el lenguaje y al mismo tiempo no es, es el lugar del no Discurso. Según Lacan (1966/1978), el sujeto de la enunciación no es el mismo sujeto de la enunciación que para los teóricos de la lingüística de la enunciación, o por lo menos no lo es en parte. Este autor considera que el sujeto de la enunciación es incognoscible en cuanto es el sujeto del inconsciente y, entonces, una vez reconocida en el inconsciente la estructura del lenguaje, ¿qué clase de sujeto podemos concebirle? Para responder a esta pregunta parte del *Yo (je)* como sujeto del enunciado, ya que es el sujeto “que habla actualmente”. Es decir, que “designa al sujeto de la enunciación pero no lo significa”.

También en otros términos Lacan (1966/1978) hace referencia al acto de enunciación, aunque desde otra perspectiva, al subrayar que “la alocución del sujeto supone un alocutario, dicho de otra manera, que el locutor se constituye aquí como intersubjetividad”. En el término “alocutario” aparece la siguiente nota al pie: “incluso si habla “para las paredes”. Se dirige a ese (gran) Otro cuya teoría hemos reforzado después y que gobierna alguna época en la reiteración del término al que seguimos ateniéndonos en esta fecha: el de intersubjetividad”. Lacan, en “Función y campo de la palabra” (1966/1978), comenta “...toda palabra llama a una respuesta (...) no hay palabra sin respuesta, incluso si no encuentra más que el silencio, con tal que tenga un oyente...”.

El objetivo de este trabajo es interpretar un escrito de un psicótico dirigido a su analista –la tercera autora– desde el marco de la teoría de la enunciación y con herramientas del análisis del discurso, pero siempre teniendo presente la perspectiva psicoanalítica. Transcribimos a continuación el escrito, que fue escrito en una hoja blanca según el siguiente ordenamiento; hemos respetado su ortografía aun en los casos en que ésta no concuerda con las normas del español escrito:

TEMA: PORQUE

1. Porque respiramos aire?,
2. Porque comemos, tomamos, fumamos, etc.?,
3. Porque nos peleamos entre nosotros?,
4. Porque hay tantas divisiones de paises y no una unificacion total del planeta?,
5. Porque tardamos 9 meses en nacer y podemos morir en cualquier segundo?,
6. Porque la gente mayor tiene mas experiencias de vida que un adolecente que todavia no sabe lo que quiere?,
7. Porque cuando morimos pasamos a otra vida?,
8. Porque creemos en un Dios que creo todo, y no en un acontecimiento cientifico que haya hecho que estemos aqui?,
9. Porque decimos que la gente buena va al cielo y la mala al infierno?,
10. y un sin fin de porques pueden seguir, pero porque continuar si puedo parar ahora, no?

M. I. V. (A los efectos de cuidar el anonimato, colocamos solo las siglas del nombre, el que fue escrito en forma completa.)

RESULTADOS

Puesto que el análisis del discurso tiene como función hacer que la información no sea leída como no debe ser leída y puesto que los textos son el lugar donde el sentido se produce y produce, intentaremos dar respuesta a cuál es el Tema y el Rema del Texto, la imagen construida por el sujeto de la enunciación de su enunciatario, en qué tipo de relación –conjunción o disjunción– se encuentra el sujeto con respecto a su objeto, cuáles son las heterogeneidades enunciativas presentes en esta instancia de la enunciación, a qué macroacto de habla remite, a qué aluden los aspectos formales del texto, y preguntarnos si “...la negación pertenece al instinto de destrucción”.

Este texto es una acumulación de preguntas retóricas. Si bien la interrogación es una enunciación construida para suscitar una respuesta, en este caso sólo la pregunta del enunciado Nº 10 es la que interpela al destinatario. Las primeras nueve emisiones no se encuentran coordinadas. El enunciado Nº 10 está coordinado con el nexo “y” al resto del texto, y hemos considerado este último enunciado como la resolución final más la coda del texto.

El carácter lingüístico de la enunciación, como señala Benveniste, implica la aparición de diversos indicios: de persona y de ostensión: ad-

verbios que señalan lugar, ya que “La enunciación es un acontecimiento histórico” (Ducrot, 2001) que determina el *hic et nunc* del discurso. Los déicticos o elementos indiciales son otros de los indicadores de la subjetividad, organizan el espacio y el tiempo alrededor del centro constituido por el sujeto de la enunciación. MIV marca un *aquí* en el enunciado N° 8 y un *ahora* en el enunciado 10, instaurándose así como el sujeto de la enunciación. El enunciador se instala en un presente instaurando su acto discursivo, en el cual también coloca al enunciatario, y adquieren solo valor de futuro las ocurrencias *podemos morir, pueden seguir y puedo parar*, que además se encuentran modalizadas. El presente permite dramatizar los acontecimientos, ponerlos en escena como si se estuvieran desarrollando ante los ojos del destinatario, y además, como ya señalara Lavandera (1984), tiene como rasgo el ser más asertivo.

Con respecto a la persona, el sujeto del enunciado utiliza la primera persona del plural inclusiva en todas las emisiones, excepto en la N° 10, en que gramaticaliza la primera persona del singular en la forma verbal *puedo parar*, única ocurrencia en todo el texto, lugar de embrague del sujeto de la enunciación. La primera persona plural inclusiva busca reunir al enunciador, al enunciatario y a la doxa en general, es decir, el enunciador da cuenta de concepciones comunes a todos, construye un sujeto enunciador próximo al enunciatario que comparte con él su saber –ya que como veremos más adelante lo necesita en su argumentación.

La modalidad también subjetiviza la acción enunciativa. El verbo poder que es mencionado tres veces en el texto tiene modalidad deónica o factual, que se ocupa de la necesidad o posibilidad y comprende las permisiones que se vinculan con la posibilidad, está orientada al actuar, decir o hacer; y modalidad epistémica orientada al saber, al creer. Tres son los rasgos semánticos de esta modalidad: obligación/permisión, futuridad y orientación hacia el otro. La modalidad también puede expresarse por el modo verbal. En el enunciado 10, *puedo parar* está en modo indicativo, que indica constatación y el verbo “poder” puede indicar en español tanto /posibilidad/ como /permisión/, ya que implica el vencimiento de una barrera real o potencial. Este verbo indica que tanto el actuar como el no–actuar son verdaderos.

La conjunción *si* es la prótasis de una condicional y, siguiendo a Lavandera (1984), diremos que el grado de posibilidad es REAL, lo cual implica que la situación hipotética puede considerarse real en cuanto que su repetición en el futuro puede predecirse de acontecimientos que ya han tenido lugar, es previsible. Lavandera ha señalado que con este tipo de significado la prótasis muestra, como en este caso, el uso del modo indicativo y que es más frecuente su uso en los jóvenes. Si fuera improbable hubiera usado el modo subjuntivo.

Asimismo, el uso del operador concesivo *pero* y la aparición de la primera persona estaría marcando, como señala Ducrot (2001), la existencia de un adversario al que el sujeto del enunciado le ha dado la palabra y que argumenta en dirección opuesta –*seguir; continuar*– a la conclusión que el sujeto quiere extraer –*parar*.

Es interesante señalar también que el único operador pragmático que indica, a la vez, vacilación, indecisión y funciona como reforzador de la propia opinión y como colaborativo es el *no?* final. Además todos los tiempos verbales están en presente del indicativo, uno solo en pasado perfecto y dos en subjuntivo en la proposición subordinada. Es decir, como MIV necesita que le den el permiso, la aprobación para parar, no debe vacilar, y el modo indicativo, como ya señalara Lavandera (1984), tiene como rasgo el ser más asertivo, y aquí radica la argumentatividad del texto. Todo texto da razones, su larga lista de porqué son las razones que esgrime MIV para convencer a su analista de que le otorgue el permiso o que apruebe su parar. Para ello necesita ser asertivo, por lo cual usa el presente del indicativo y no vacila. No olvidemos además que Benveniste (1966) considera que la aserción es la manifestación más evidente de la presencia del locutor en su enunciado.

Si además tenemos en cuenta que la conjunción *si* denota por un lado condición o suposición en virtud de la cual un concepto depende de otro y por otro aseveración terminante, *poder* significa tener la facultad de hacer y tiene aspecto prospectivo, *parar* tiene aspecto puntual y *continuar* y *seguir* aspecto durativo, y también en este enunciado se encuentra el adverbio negativo *no*, podríamos interpretar que MIV quiere hacer saber que tiene la facultad de parar –si puedo parar– pero suspende la aserción, vacila, ya que está condicionado por el hecho de poder seguir, duda qué decisión tomar –actuar o no actuar–, y por ello también con el *no?* interpela buscando en el otro la respuesta.

Resulta interesante señalar que el texto carece de acentos; los “porque” tampoco se encuentran acentuados, con lo cual podríamos suponer: a) que MIV no los acentuó porque no conoce las reglas del español escrito y, por lo tanto, son pronombres interrogativos ya que encabezan las preguntas a las que tampoco les ha colocado el signo inicial de interrogación y que crean la obligación de ser respondidas, o b) interpretar este elemento no solo como un pronombre interrogativo sino también como una conjunción causal –que presenta a un destinatario que duda o que no lo ha pensado así– o como conjunción final *para qué*, aún en el caso del título.

Analizar cuál es el Tema –lo dado, lo conocido– y el Rema –lo nuevo, aquello que hace avanzar la información, que implica el dinamismo comunicativo– del Texto es un dato importante para mostrar de qué modo el enunciador jerarquiza la información. Recordemos que el español es

prácticamente remático. El Tema del Texto –TT– aparece en el enunciado inicial *Porque respiramos aire?* y el Rema del Texto –RT– en el enunciado final *pero porque continuar si puedo parar ahora, no?*, que además está en posición focal. Reparafraseando, el sujeto de la enunciación se estaría preguntando “por qué no dejar de respirar?” O si tomamos el porque como conjunción final “para qué vivir?” Si consideramos que todo acto de enunciación tiene la estructura sujeto/verbo/objeto como afirma Greimas (1996), el sujeto de la enunciación estaría diciendo *Yo te digo que para qué vivir*; y el sujeto del enunciado cada una de las emisiones del texto, asumiendo la primera persona del plural inclusiva excepto en el enunciado final, y presenta en cada caso distintos objetos, con los cuales el sujeto del enunciado está en relación de disyunción –el objeto nunca ha sido poseído. En el enunciado N° 10 el sujeto del enunciado se encuentra en conjunción con su objeto *si puedo parar*; este objeto es para el sujeto un objeto de valor, en este caso el objeto es poseído.

Resumiendo, entonces, en el nivel del enunciado o enuncivo, es decir, la ocurrencia particular de entidades lingüísticas, el sujeto aparece como el *nosotros* que no aparece en forma explícita sino gramaticalizado en el verbo y el objeto es el *porque respirar si se puede parar ahora* que se presenta en proceso de disjunción; se trata de una ausencia, ya que además está expresado con un futuro modalizado. Y con respecto al nivel enunciativo, el sujeto de la enunciación es un yo que da cuenta de su existencia en el texto con su subjetividad a partir de los deícticos, el tiempo presente, la modalización. El objeto de la enunciación es el propio enunciado con sus sujetos y objetos.

Imagen del enunciatario

Goffman (1981) sostiene que todo individuo posee una imagen positiva y una imagen negativa (los términos no implican ningún tipo de evaluación sobre la imagen). La imagen positiva es aquella que se encuentra ligada a los deseos y gustos de esa persona, y la negativa se relaciona con el territorio del individuo, entendiendo por territorio su lugar y su tiempo, ya que la interacción comunicativa es según este autor una puesta en escena, una teatralización. Las interacciones sociales tienen en cuenta estas imágenes, por medio de estrategias que las protegen o las deterioran (Pardo, 1992). La imagen negativa de sí mismo la evidencia MIV en las emisiones 2, 3, 6, 9, en las que presenta cuestiones que le parecen nocivas, en las que él mismo incurre ya que utiliza la primera persona del plural inclusiva: *comemos, tomamos, fumamos, peleamos entre nosotros, adolescente que todavía no sabe lo que quiere, la gente buena va al cielo y la mala al infierno*. Y en las emisiones 4, 5, 6, 7 y 8, que aluden a cuestiones del sistema de creencias.

La imagen positiva tiene que ver con el tema del texto, que como ya fue descrito, está en el enunciado 1: *Por que respiramos aire?* y en el enunciado 10, que muestra el tema del texto, es decir, que su deseo es parar –dejar de respirar–, para lo cual debe argumentar una serie de cuestiones nocivas para convencer a su destinatario de que le sea otorgada la aprobación o el permiso.

Los sujetos enunciadores además construyen imágenes o representaciones a partir de ellos mismos y de su enunciatario. Pêcheux (1969) las simboliza de la siguiente manera:

- Ia (A) (Imagen de A para A): “¿quién soy yo para hablarle así?
- Ia (B) (Imagen de B para A) “¿quién es él para que yo le hable así?
- Ib (B) “¿Quién soy yo para que él me hable así?”
- Ib (A) “¿Quién es él para que él me hable así?”

Es decir, que los enunciadores se forman imágenes de ellos mismos, de su discurso, del soporte de su discurso, de la lengua que utilizan, del destinatario, de la realidad física y social. Y como dice Hamon (1974), “A cada imagen corresponderá una serie de restricciones o de servidumbres (de normas) que orientarán el trabajo del emisor”. Restricciones que aluden al discurso, es decir, que operan como filtros sobre lo enunciado.

La lectura del texto de MIV evidencia que intenta ser un ensayo, que implica una reflexión por parte del enunciador acerca de creencias y valores; de ahí el uso acumulativo de preguntas retóricas, el uso del nosotros inclusivo, el desembrague o la ausentificación del sujeto que intenta borrar sus huellas de la enunciación –excepto en el enunciado Nº 10, en el que necesita concretar la subjetivación y lo hace con la marca de primera persona en el verbo *puedo parar*–, recursos tan frecuentes en el discurso científico. Tiene características similares a los discursos universitarios, ya que formula una serie de preguntas; el autor anuncia su exposición formulando una serie de preguntas. Y como dice Ducrot (2001), “la palabra inglesa *question* es significativa al respecto, ya que por un lado se trata de una cuestión –que se considera como tema del discurso– y, por otro, se la formula como interrogación”. Además, las repeticiones iniciales de cada enunciado son valoraciones positivas de su propio discurso. Es decir, que el sujeto de la enunciación supone que para persuadir a su destinatario debe presentar un texto cuidado y reflexivo. Esta característica apoya la hipótesis sostenida por Pardo (1992) de la *igualdad textual*, ya que buscar los rasgos igualadores es más revelador que llegar a diferencias que pasan por la terminología o por características que no son tales.

Si consideramos además que la partícula negativa del final conserva su valor de negación, diremos que los enunciados negativos postulan un enunciador que afirma lo que niega; por lo tanto, el sentido del enunciado contiene una imagen del enunciatario como una persona capaz de afirmar lo que el autor niega. Según Freud, “El contenido de una imagen o un pensamiento reprimido pueden, pues, abrirse paso hasta la conciencia bajo la condición de ser negados. La negación es una forma de percatación de lo reprimido (...). Vemos cómo la función intelectual se separa en este punto del proceso afectivo. Con ayuda de la negación se anula una de las consecuencias del proceso represivo: la de que su contenido de represión no logre acceso a la conciencia” (Freud, 1925/2003).

Heterogeneidades enunciativas

Como dice Benveniste (1966), “el escritor se enuncia escribiendo y, dentro de su escritura, hace que se enuncien individuos”. Las emisiones 4 y 8, que se encuentran coordinadas y en las que el segundo miembro aparece introducido con el adverbio negativo, están introduciendo otras voces, otras heterogeneidades enunciativas que aluden a creencias y valores de conocimiento de mundo. MIV necesita, a los fines de progresar con su argumentación y a los efectos de cumplir con el tipo de texto reflexivo ensayístico que se propuso construir, introducir las voces autorizadas.

Sin embargo, más importante aún es el adverbio negativo *no* en forma de pregunta del final del texto, que alude directamente a su destinatario, lo interpela, es la necesidad de la voz del otro, la necesidad de la respuesta del otro teniendo en cuenta que necesita su aprobación a parar. Este “dixi silencioso”, al decir de Bajtín (1982), muestra cómo en la enunciación está la estructura del diálogo: dos figuras en posición de interlocutores protagonizan la enunciación, y las voces de los otros, estas heterogeneidades enunciativas, evidencian ese trabajo cooperativo entre los miembros de una comunidad lingüística. Estas voces, dicha polifonía, muestran además la heterogeneidad del discurso. Sin embargo, recordemos que también estos enunciatarios son instancias lingüísticas y no empíricas.

Acto de habla

Todo acto de habla es una acción social (Habermas, 1981, 1981). Ya Wittgenstein (1922/1999) consideró que la lengua debe ser entendida como una forma de vida social, una *praxis*, como forma de acción social, juegos de lenguaje para definir el hablar como forma de acción

regulada en contextos y situaciones. Además, como dice Ducrot (2001), “el enunciado comenta su propia enunciación presentándola como creadora de deberes y derechos” –la perspectiva jurídica– y no solo es jurídico en lo que hace a su antes sino también a su después.

Desde lo ilocutivo el acto de habla es de pregunta que obliga al enunciatario a responder, desde lo perlocutivo MIV realiza el acto de habla de pedir permiso para parar, ya que interpela al otro, al enunciatario, al final de su texto con la pregunta retórica *no?*, quiere que el otro le diga que pare, le otorgue el permiso. Teniendo en cuenta que este texto fue escrito a su analista, es a ella a quien le está pidiendo permiso, la autorización para parar, o para dejar de respirar, recordemos el tema textual. Este *no?* final es también un operador pragmático, y, por lo tanto, funciona aquí como un apelativo pseudovocativo, es decir, necesita la respuesta del otro y solicita su aprobación. Es además en esta parte final del texto donde se encuentran más operadores pragmáticos que en todo el texto, porque MIV necesita negociar con su enunciatario la respuesta aprobatoria. También podemos pensar que sigue siendo este *no?* otra pregunta retórica de la serie que el sujeto de la enunciación viene mencionando, que no espera respuesta, sino sólo la comprensión tácita. No olvidemos que las formas gramaticales tienden a instaurar relaciones entre los interlocutores.

De hecho, las interpretaciones de sesiones de análisis con este paciente aportadas por la analista evidenciaron la necesidad de MIV de hacerla partícipe de sus necesidades, de buscar su respuesta aprobatoria.

Una tercera interpretación sería que dado el carácter ensayístico del texto podríamos considerarlo como discurso polémico, es decir, que presenta una serie de argumentaciones por las cuales parece lógico dejar de respirar, dejar de vivir –TT– y espera de su destinatario una serie de razones contrarias por las cuales ha de seguir respirando, seguir viviendo. Como señala Bajtín (1982), el enunciado ocupa una determinada posición en la esfera de la comunicación; por ello, “cada enunciado está lleno de reacciones, de respuestas de toda clase dirigidas hacia otros enunciados de la esfera determinada de la comunicación discursiva”. Palabras de expresividad ajena, reacción de respuesta, pueden darse en la expresividad del discurso propio, enunciados con los que polemizamos, con los que contestamos. La expresividad de un enunciado contesta, es decir, expresa la actitud del hablante hacia los enunciados ajenos y no únicamente su actitud frente al objeto de su propio enunciado. Un enunciado está lleno de matices dialógicos, “porque nuestro pensamiento se origina y se forma en el proceso de la interacción y en el continuo de la comunicación discursiva”. La serie de disyunciones e interrogaciones que MIV presenta en las emisiones 4, 5, 6, 8, 9 y 10 podrían estar marcando este carácter polémico de su texto.

Además este movimiento en zigzag entre aserción y negación está en correspondencia con una alternancia entre lo deseable –afecta positivamente al hablante– y lo indeseable –afecta negativamente al hablante– y pertenece al grupo de las estrategias argumentativas que explota la posibilidad de cambio entre dos extremos de una oposición lingüística (Lavandera 1984; Lavandera y Pardo, 1987). Estas investigadoras postulan que todo texto está regulado por patrones de cambio entre paradigmas opuestos de forma-contenido. La propuesta de Lavandera y Pardo es que en todo texto además se producen rupturas que manifiestan fenómenos cruciales de contenido, rupturas que son síntomas que deben ser interpretados con el objeto de comprender qué tipo de texto es el que se está desarrollando realmente. En todas las emisiones, en forma explícita las emisiones 4, 5, 6, 8, 9 y 10 y en forma implícita las emisiones 1, 2, 3 y 7 presentan esta alternancia afirmativo: indeseable, negativo: deseable, evidenciando la inversión del paradigma y por ende su ruptura. En el enunciado N° 10 la afirmación: *porque continuar* sigue siendo lo indeseable y la parte negada con el *no?* final *si puedo parar ahora* lo deseable. La ruptura está entonces marcada aquí como la inversión completa del paradigma.

Brown y Levinson (1978) consideran que todos los actos de habla constituyen una amenaza potencial a alguna de las imágenes del destinador y del destinatario. El sujeto de la enunciación no quiere dar una imagen negativa de sí mismo, por lo que alude a hechos que socialmente pueden cuestionarse, para lograr la aprobación de su destinatario a su pedido. Por lo tanto, siente amenazada su imagen al obligarse a argumentar con dichos hechos. Dado que el discurso es el lugar de construcción de un sujeto, MIV intenta, para que su acto tenga éxito, mitigar con estos hechos la posible imagen negativa que pueda hacer surgir en su destinatario.

El Sujeto del inconsciente freudiano

El inconsciente, a partir de Freud, es una cadena de significantes que en algún sitio (en otro escenario, escribe él) se repite e insiste para interferir en los cortes que le ofrece el discurso efectivo y la cogitación que él informa. En esta fórmula, que solo es nuestra por conformarse tanto al texto freudiano como a la experiencia que él abrió, el término decisivo es el significante, reanimado de la retórica antigua por la lingüística moderna (Lacan, 1966/1978).

Abrevando en las teorías de la lingüística moderna, Lacan resitúa la dimensión medular del descubrimiento freudiano del inconsciente estructurado como un lenguaje. Ya desde 1985, en el “Proyecto de psicología para neurólogos”, Freud traza las líneas que le permitirán

formular la constitución del aparato psíquico y los principios de su suceder. Define un “proceso primario” caracterizado por dos mecanismos de funcionamiento de las cargas mnémicas: la “condensación” (sustitución, metáfora) y el “desplazamiento” (combinación, metonimia), dimensiones sincrónica y diacrónica respectivamente, tal como aparecen en el discurso.

Freud da así un salto cualitativo promoviendo un nuevo sujeto: aquel que aparece en los cortes del discurso, en el silencio, en los traspiés, en los actos fallidos, en los síntomas, en los sueños. Aparece ahí sin saber que lo hace: “allí donde estaba en este mismo momento, allí donde por poco estaba, entre esa extinción que luce todavía y esa eclosión que se estrella, Yo (Je) puedo venir al ser desapareciendo de mi dicho”. Sujeto que adviene donde “eso” era, como una estrella fugaz que rasga con su brillo y movimiento de caída, la compacidad de la bóveda celeste. Sujeto del inconsciente que en su des-conocimiento dice su verdad. Es en este sentido que el psicoanálisis funda una ética diferente en su praxis. Allí donde la psiquiatría “ve” y describe los fenómenos de las neurosis y las psicosis, el psicoanálisis propicia a partir de la escucha la “lectura” del sujeto en su acto discursivo.

Particularidades y singularidades

Si bien los psicoanalistas debemos conocer las particularidades de tal o cual estructura para situar “un campo”, apuntamos a las singularidades tal como se juegan en la puesta en acto del inconsciente en la transferencia. Pero, ¿quién habla en el inconsciente? “La condición del sujeto, tanto para la psicosis como para la neurosis, depende de lo que tiene lugar en el Otro. Lo que tiene lugar allí es articulado como un discurso (el inconsciente es el discurso del Otro) del que Freud buscó definir la sintaxis por los trozos que en momentos privilegiados, sueños, lapsus, rasgos de ingenio, nos llegan de él” (Lacan, 1966/1978 “Tratamiento posible de la psicosis”). El gran “Otro”, a diferencia del pequeño “otro”, mi semejante, es el “lugar del tesoro de los significantes” (significantes de la madre, del padre, de la cultura, escuela, etc.) que nos provee los significantes que abonan nuestro inconsciente.

Debemos tener en cuenta que el ser humano:

- 1) nace con prematuración de su sistema nervioso central, por lo cual requiere de la asistencia externa (madre) para subsistir, para tener una barrera defensiva contra los estímulos externos y desarrollar su psiquismo.
- 2) Construye su imagen corporal y su yo en la alteridad de la imagen especular (estadio del espejo-construcción del “yo ideal”), siendo

el único que reconoce su imagen como propia en el espejo. Esta es la matriz imaginaria sobre la que anida la matriz simbólica.

- 3) Recibe la marca invisible de un primer significante que “decreta, legisla, aforiza, es oráculo, confiere al otro real su oscura autoridad”. Esa marca significante, llamada “rasgo unario”, “enajena a ese sujeto en la identificación primera que forma el “ideal del yo” (Lacan, 1966/1978 “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”).

Para que alguien se las arregle medianamente bien en el mundo, para que los interrogantes que surgen a partir del desconocimiento radical que implica su condición de sujeto del inconsciente le permitan arribar a alguna respuesta, debe haberse inscrito, *sine qua non*, el significante del Nombre del Padre. Funciona al modo de una batuta que, dirigiendo la orquesta significante, da las claves al régimen simbólico. Para que esta inscripción tenga lugar es necesario que la madre, con su deseo, haga lugar a una legalidad tercera a la cual ella está sujeta. Y que el padre pueda encarnar ese símbolo de ley sin creer ser él la ley. Cuando esta inscripción no tiene lugar, decimos que hay “forclusión del Nombre del Padre”, rechazo de ese significante primordial, que traerá como consecuencia la psicosis. En este caso, cualquier contingencia de la vida que convoque a la función simbólica por excelencia de “Un padre” (encuentros sexuales, nacimiento de un hijo, compromiso laboral, pérdida afectiva, etc.), puede producir el derrumbamiento de los pilares imaginarios en los que el psicótico se sostiene, arrasando las cadenas significantes en las que el sujeto se alojaba. La perplejidad, el extrañamiento de sí y del mundo, la aparición de alucinaciones, son algunos de los fenómenos típicos del desencadenamiento psicótico. Las alucinaciones verbales denuncian la alienación fundante de un sujeto en el discurso del Otro que retorna aquí en lo Real. A diferencia del retorno de lo inconsciente reprimido, se presenta el “inconsciente a cielo abierto”. “Eso” que debería estar velado, emerge brutalmente. Una de las respuestas posibles a esta situación podrá ser la elaboración secundaria de un delirio que, en suplencia de la “metáfora paterna”, permita al sujeto sostenerse en el mundo con alguna teoría elaborada con las cadenas significantes que aún tiene a disposición.

El texto de MIV en transferencia

MIV desencadenó su psicosis con todos los fenómenos antes descritos durante la adolescencia. El primer “brote” y la evolución posterior corroboraron el diagnóstico de esquizofrenia. Desde entonces vino luchando contra su padecimiento en una forma muy activa y compro-

metida, buscando alternativas para sentirse integrado socialmente y evitar caer en momentos de gran angustia y depresión, con vivencias de desesperanza, vacío, miedo, soledad, extranjeridad e impotencia para enfrentar el mundo. Esta capacidad de lucha, de elección por “una vida que valga la pena ser vivida”, es un rasgo singular de MIV que siempre lo caracterizó, a pesar de la fuerte pulsión mortífera que conllevan las psicosis bajo diferentes modalidades y en amplio espectro (agresiones a sí mismos y a terceros, adicciones, impulsiones, pérdida de valores preventivos físicos, personales y culturales, apatías, melancolización, depresiones graves, intentos suicidas, suicidio).

¿Con qué recursos se las arregla MIV para pulsar hacia Eros en su pugna contra Tánatos? Vamos a destacar dos objetos privilegiados para él: las palabras y la música. Freud observó que el esquizofrénico “trata a las palabras como a las cosas”, y justamente allí donde está la raíz de su problemática puede un sujeto psicótico encontrar una interesante solución. Tal es el caso de MIV, él puede “jugar” con las palabras, con su textura sonora, con su sin-sentido, con la redondez de “un” sentido. Muchas veces será un juego autoerótico, otras intentará lanzarlas para que otro juegue con él. Cuando desespera, las palabras se vuelven escritura que hace borde a su padecimiento, gramática que lo ordena, lo apacigua. A veces son poesía, narraciones o canciones a la búsqueda de alguien en quien puedan resonar para sentir, en el ida y vuelta de su mensaje, un bautismo de reconocimiento, una ligazón en el Otro y con los otros.

La interpretación del texto de MIV realizado en este trabajo revela la esencia de su *pathos*: “*no sé cómo responder, no puedo responder, eso me angustia, me enloquece, entonces ¿para qué seguir viviendo si puedo parar ahora?*”. La pulsión de muerte atraviesa el texto, pero su escritura la acota. En un segundo tiempo, MIV entrega su escrito a la analista, quien leyéndolo en voz alta le imprime una cadencia, un color tal –sin saberlo–, que al llegar al “**no?**” final, ambos estallan al unísono en una carcajada reconfortante. Efecto del significante **no?** que configura un llamado al Otro encarnado en el analista, permitiendo una transmutación pulsional en el ida y vuelta del mensaje: “**Celebro con alegría que decidas frenar tu precipitación hacia la muerte**”.

CONCLUSIÓN

La interpretación desde ambas teorías, lingüística y psicoanálisis, puso en evidencia similares conclusiones, lo cual nos lleva a postular –si bien en forma preliminar, ya que esta hipótesis deberá ser corroborada en futuros análisis, objetivo de nuestra investigación en curso– que la

lingüística y no *la lingüistería* resulta una herramienta importante, obviamente en conjunción con el psicoanálisis, para interpretar el discurso. De hecho, el mismo Lacan, creador de la lingüistería, afirma en los Escritos al hablar de la enunciación: “No lo tomen a mal, evoco al sesgo lo que me resisto a cubrir con el mapa forzado de la clínica”.

AGRADECIMIENTO

La Dra. Elena Liceaga agradece a MIV las ganas de renovar la apuesta por un tratamiento psicoanalítico posible con la psicosis.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAJTÍN, M.M. (1982). *Estética de la Creación Verbal*. México, Siglo XXI.
- BENVENISTE, E. (1966). *Problèmes de Linguistique Générale*. París, Éditions Gallimard.
- BROWN, P. y LEVINSON, S. (1978). *Universals in language usage: Politeness phenomena*. En: Goody, E. (ed). *Questions and Politeness*. Cambridge, Cambridge University Press.
- DUCROT, O. (2001). *El Decir y lo Dicho*. Buenos Aires, Edicial.
- FREUD, S. (1925/2003). *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial El Ateneo.
- FONTANILLE, J. (1994). El giro modal en Semiótica. *Morphé* 9/10.
- GOFFMAN, E. (1981). *Forms of Talk*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- GREIMAS, A. (1996). La enunciación. Una postura epistemológica. Puebla, *UAP/CECYT, Cuadernos de Trabajo* 21.
- GREIMAS, A. (1989). *Del Sentido II*. Madrid, Gredos.
- HABERMAS, J. (1981, revisada 1987). *Teoría de la Acción Comunicativa I. Racionalidad de la Acción y Racionalización Social*. Madrid, Taurus.
- HABERMAS, J. (1981, revisada 1987). *Teoría de la Acción Comunicativa I. Crítica de la Razón Funcionalista*. Madrid, Taurus.
- HAMON, P. (1974). Note sur les notions de norme et de lisibilité en stylistique. *Littérature* 14: 114-122.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1986). *La Enunciación. De la Subjetividad en el Lenguaje*. Buenos Aires, Hachette.
- LACAN, J. (1966/1978). *Escritos*. Siglo XXI, México.
- LAVANDERA, B. (1984). *Variación y Significado*. Buenos Aires, Hachette Université.
- LAVANDERA, B. y PARDO, M.L. (1987). La negación en el discurso: patrones y rupturas. *Cuadernos del Instituto de Lingüística. Análisis Sociolingüístico del Discurso Político*. Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 5-36.
- MARTY, R. (1995). Flows of signs on a network. *1st European Congress on Cognitive Sciences ECCS' 95*, Saint Malo.

- PARDO, M.L. (1992). *Derecho y Lingüística. Cómo se Juzga con Palabras*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- PARRET, H. (1983). L'énonciation en tant que déictisation et modalisation. *Langages* 70.
- PARRET, H. (1987). L'énonciation et sa mise en discours. *Cruzeiro Semiótico* N° 6.
- PARRET, H. (1993). *Semiotica y Pragmática*. Buenos Aires, Edicial.
- PÊCHEUX, M. (1969). *Analyse Automatique du Discours*. París, Dunod.
- WITTGENSTEIN, L. (1922/1999). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid, Alianza.